

El  
portal  
perdido

Ezequiel Lara era un anciano sabio que viajaba mucho. Su rostro y cuerpo mostraban los años y las montañas que había recorrido. Sus ojos, muy oscuros, parecían ver las cosas que otros no podían, y su cabello blanco, aunque un poco desordenado, mostraba que tenía mucha experiencia. Caminaba despacio, pero con mucha seguridad. Siempre llevaba un poncho de lana de alpaca, algo viejo, y un sombrero grande, como si quisiera evitar las preguntas o el sol.

A menudo Ezequiel se paraba frente a una puerta llamada Amaru Muru. Ese portal era una antigua puerta de piedra en las montañas de Puno, envuelta en misterio. Sus bordes tallados susurraban historias de dioses y ancestros perdidos. Se decía que era un portal hacia otro mundo, donde el tiempo se detenía y el alma se encontraba con lo eterno. Aquellos que se acercaban sentían algo extraño en el aire, como si cruzar el umbral los cambiara, llevándolos a un lugar más allá de la comprensión humana. Pero Amaru Muru guardaba silencio, esperando a quien estuviera dispuesto a descubrir sus secretos.

Ezequiel había tenido sueños sobre Amaru Muru y sentía que lo llamaba. Aunque muchos pensaban que estaba loco por creer en esa leyenda, él estaba convencido de que la puerta guardaba un secreto que otros no habían logrado descubrir. Una noche, Ezequiel fue al místico portal, donde se desplomó frente a este.

Entonces, vio aparecer a una figura frente a él. Era como una sombra que se mezclaba con las rocas alrededor. Su rostro parecía joven, pero sus ojos mostraban que sabía muchas cosas, como si hubiera vivido mucho tiempo. Su cabello era largo y plateado, y se movía suavemente en el aire, como si no tocara el suelo.





¡Era el mismísimo Inca Manco Cápac!

Ezequiel se quedó asombrado, pues lo vio tal y como nos cuentan en el colegio, fuerte y robusto. El famoso Inca le dijo: "No te asustes porque he sido enviado para enseñarte varias lecciones que la gente de hoy ha olvidado." Entonces Manco Cápac le condujo hacia un pequeño pueblo que tenía calles estrechas y empedradas, con casas de adobe y techos de palma que estaban muy cerca unas de otras, como si resistieran el avance de la modernidad. Al fondo, se podían ver montañas nevadas que parecían proteger el lugar, el cual, aunque lleno de colores y tradiciones, parecía haber sido olvidado. Los habitantes vestían de manera tradicional y vivían según los ritmos de la naturaleza, mientras que los turistas, que solo paseaban brevemente, no lograban entender la verdadera riqueza del lugar, su historia, costumbres y la sabiduría que se encontraba en cada rincón. Cada clic de sus cámaras era un recordatorio de la superficialidad que había invadido esa tierra. Ezequiel se detuvo, observando la escena, y el Inca le dijo con una voz cargada de gravedad:

"¿Es posible que, en medio del ajetreo de los viajes y el comercio, el verdadero valor de la cultura local se haya perdido? ¿No saben que el turismo no solo debe ser una travesía de entretenimiento, sino una experiencia educativa que revele el alma de esta tierra?"

Ezequiel observó el bullicio de los turistas desde lo alto del camino, sus rostros ajenos al alma de la tierra que pisaban. Ante la pregunta del Inca, respondió con resignación: "Quizás la solución es enseñar a los lugareños a adaptarse a lo que los turistas buscan. Si el espectáculo es lo que quieren, démoselos. Que los trajes tradicionales se conviertan en disfraces y las danzas sagradas en coreografías para entretener. Al menos así, el turismo dejará dinero en estas tierras. ¿Qué más podemos hacer, Manco Cápac?"

El Inca alzó la vista hacia las montañas, antes de responder con firmeza:

“Oh, Ezequiel, te equivocas profundamente. Reducir la cultura a una mercancía es traicionar su esencia. ¿De qué sirve traer viajeros si, al hacerlo, sacrificamos la autenticidad que da vida a estos pueblos? ¿Qué valor tiene el retorno de un turista si no lleva consigo respeto ni comprensión? El turismo no debe ser una cadena de oro que aprisione sino un puente que conecte. La identidad no se negocia; se comparte. Los viajeros deben regresar, no porque presenciaron un espectáculo vacío, sino porque sintieron la verdad de esta tierra en su piel, porque entendieron su alma. Tu tarea no es rendirte a lo que parece fácil, sino guiar a los visitantes para que valoren lo que ven, no como un producto, sino como un regalo que les transforma.”

Ezequiel quedó en silencio. Al cabo de un momento, respondió, con una voz más humilde y serena:

“Tienes razón, gran Inca. He olvidado que no se trata solo de atraer visitantes, sino de sembrar respeto en sus corazones. Haré lo necesario para que comprendan que esta tierra no es un espectáculo, sino un legado que merece ser conocido, valorado y protegido.”

Manco Cápac asintió con una leve sonrisa, mientras las montañas parecían murmurar su aprobación.

“Sigamos caminando. Aún me queda mucho por enseñarte.”

Ezequiel asintió y siguieron caminando hacia lo más profundo del Amaru Muru.

Siguieron recorriendo los caminos que los llevaba, esta vez, a los imponentes Andes. Eran muy altos, como guardianes. El viento

soplaba suavemente sobre ellos. Cada grieta en las montañas recordaba antiguas batallas y las sombras guardaban secretos de la tierra. Durante el día los andes brillaban mucho, y por la noche sus formas hablaban de historias del pasado y del futuro.

El gran Inca, de repente, se detuvo en un claro del monte, y con voz grave y pausada, preguntó:

“Ezequiel, ¿de qué sirve un país que no conoce sus propias raíces? Mira estas tierras, ricas en historia y tradiciones, pero ¿cómo puede una nación sostenerse si olvida las raíces que nutren su alma?”

Ezequiel miró a los turistas, que corrían presurosos buscando un buen ángulo para sus fotos y dijo: “Ellos solo ven lo que está frente a ellos, sin detenerse a conocer lo que realmente importa. Este lugar tiene una historia que no se puede capturar en una foto. Solo aquellos que se quedan a escuchar y atender pueden descubrir su verdadera riqueza.”

“Oh Ezequiel, la esencia de un pueblo no es algo que pueda venderse o diluirse. Mira estas montañas, han sido golpeadas por tormentas y erosionadas por siglos, pero siguen siendo un refugio para quienes saben ver. ¿Por qué crees que las raíces de esta tierra son tan frágiles como para desmoronarse ante el paso de unos pocos?”

El problema no está en los viajeros, sino en quienes han olvidado su propio valor. Tu gente ha permitido que el brillo fugaz del dinero silencie las canciones de sus ancestros. ¿Acaso no ves que cada baile vendido sin alma, cada historia contada sin significado, no alimenta, sino que agota? La verdadera riqueza no está en adaptarse al turista, sino en invitarlo a entender. Enséñales a quienes vienen que no están ante un espectáculo, sino ante un legado vivo.”

Ezequiel escuchó. Miró nueuamente a los habitantes de su tierra: los ancianos sentados en las puertas, los niños corriendo entre las piedras, los artesanos que tallaban más por costumbre que por convicción. Entonces Ezequiel contestó:

“Soberano hijo del Sol, tienes razón. Hemos dejado que el ruido del mundo apague nuestras propias voces, pero eso cambiará. Les hablaré a los míos, no para que rechacen a los viajeros, sino para que les muestren lo que significa vivir en esta tierra.”

Manco Cápac sonrió y le dijo a Ezequiel que siguieran caminando por el sendero.

Ezequiel siguió su camino hasta toparse con un mar muy grande, con aguas brillantes bajo el sol. Las olas, suaves y constantes, se mouían lentamente, y el viento traía el olor a sal.

Junto al mar había un pequeño pueblo con casas de colores suaves y techos bajos. Las calles eran estrechas y retorcidas, llenas de risas. Cada rincón del pueblo parecía tener su propia historia, y el tiempo pasaba tranquilo como las olas del mar.

El Inca lo condujo con rumbo al pueblecito costero. Al llegar vio el pueblo abarrotado de turistas que pedían hospedaje a los habitantes, quienes se los daban con una sonrisa superficial e hipócrita.

En ese momento, Manco Cápac le preguntó:

“¿Cómo puede el visitante sentir la calidez de esta tierra si, en lugar de ser tratado como un hermano, es considerado solo como una fuente de ingresos? ¿Es esta la manera en que el turismo puede contribuir a la armonía y el respeto entre pueblos tan distantes?”





HOSTAL  
MENU

AHO  
ANCHORAGE  
CABAÑAS  
Buenos días a todos

HOSTAL  
ERISANAI

Ezequiel, reflexivo, respondió:

“Para que los turistas regresen debemos asegurarnos de que tengan todo lo que esperan: comodidad, lujos, y un servicio que se asemeje al de otros destinos más desarrollados. Si nos limitamos a ofrecer nuestra cultura auténtica, ellos no entenderán su valor. Lo mejor es ofrecer lo que ellos desean, no lo que nosotros somos.”

En ese momento, el Soberano hijo del Sol, con una voz imponente, respondió:

“Ezequiel, la hospitalidad no se trata de copiar lo que otros ofrecen ni de seguir el camino de los lujos ajenos. La verdadera acogida proviene de abrir el corazón, de ofrecer la calidez de nuestra gente, la autenticidad de nuestros paisajes, y la esencia de nuestras tradiciones. No es el lujo ni el confort lo que hace que un visitante se sienta bienvenido, sino el trato genuino, la cercanía, el compartir sin reservas lo que somos. Un turista regresa no por lo que compra, sino por cómo se siente, por la conexión que establece con el alma de un pueblo que lo recibe con los brazos abiertos y con respeto por su identidad.”

Ezequiel, al escuchar las sabias palabras del Sapa Inca, sintió algo extraño en su corazón, como si comenzara a entender algo que antes no había notado. Después de un momento, con una mirada más seria y una voz más clara respondió:

“Ahora comprendo, Señor Soberano; la hospitalidad no se trata de lujos, se trata de la genuinidad de nuestra gente, el calor que podemos ofrecer solo por ser quienes somos. El buen trato no es solo dar, sino compartir nuestra esencia. No es ofrecer lo que el turista espera, sino de invitarlo a vivir lo que nosotros ya somos, con autenticidad y sin artificios. El verdadero valor está en la conexión que construimos, no en el lujo que adornamos.”

—¡Lo entendiste a la perfección Ezequiel! Ahora sigamos caminando que solo falta una sola enseñanza —dijo el Inca.

Anduvieron un buen rato hasta que Manco Cápac se detuvo y dijo:

“No te llevaré a ningún lado, sino que te mostraré el futuro de tu amada tierra de Puno”

Ezequiel se quedó perplejo, pero no pudo decir nada más, pues el Sapa Inca lo envolvió en una serie de visiones. Lo que vio fue espantoso: su tierra distorsionada por la avaricia del hombre. Las costas, antes inmaculadas, ahora eran una selva de concreto y acero, ante la belleza natural que aún luchaba por respirar. Las antigua ruinas, que siglos atrás habían sido testigos del paso de grandes civilizaciones, eran ahora un mar de turistas sin rumbo, cuyas pisadas insensibles y pesadas, desgastaban el alma misma de la tierra. Vio cómo las comunidades veían cómo su tierra cambiaba rápidamente debido al turismo. Los recursos que habían sido cuidadosamente protegidos por sus antepasados se estaban agotando. El dinero que se prometía como beneficio estaba dañando lo que hacía especial a ese lugar, y sintió que, en algún lugar, el sufrimiento del pasado comenzaba a notarse.

Luego, el Inca le preguntó:

“¿Cómo puede el turismo ayudar al desarrollo económico del país sin destruir lo que hace único al Perú?”

A lo que Ezequiel respondió:

“El turismo debe caminar de la mano con la naturaleza. No podemos destruir lo que amamos solo por dinero. Debemos encontrar el equilibrio, planificar con sabiduría, respetar los límites de la tierra para que lo que hoy podemos compartir con el mundo, mañana aún esté allí, intacto y vibrante.”



El Inca respondió:

“Tienes toda la razón. Mira Ezequiel, el progreso no puede existir a costa de lo que nos define. Si el desarrollo económico arrastra consigo la desaparición de lo más valioso que poseemos, ¿de qué sirve? Un futuro sin la belleza que nos sustenta no es un futuro digno. El turismo no debe ser una plaga, debe ser una fuente de enriquecimiento, no de empobrecimiento.”

—El turismo no debe ser una fuerza destructiva, debe ser una herramienta de conservación, de preservación, un vehículo para compartir la riqueza de Perú sin que ello suponga la pérdida de su alma. Solo con un enfoque consciente, que involucre tanto a viajeros como a las comunidades locales, el país podría avanzar hacia un futuro donde la belleza y la cultura no solo fueran admiradas, sino también protegidas —concluyó Ezequiel.

Manco Cápac asintió y dijo: “Ahora ya estás listo para salir del Amaru Muru. Recuerda lo que te enseñé y compártelo con tu gente para que sepan la verdadera esencia del turismo.”

Ya eran las doce de la mañana, Ezequiel se levantó del suelo y vio que estaba frente al Amaru Muru... ¡todo había sido un sueño! Aun así, Ezequiel había aprendido muchas cosas.

Y así, Ezequiel Lara aprendió el verdadero significado del turismo y siguió su viaje. Mientras el portal vivía en las sombras del viento, en el murmullo de las piedras y en los corazones de aquellos que se atrevían a creer en los secretos de los Andes.

